

**DOLORAS.**

**POR DON RAMON CAMPOAMOR.**

**UNIDAD DE LA HERMOSURA.**

A OCTAVIA.

Ni amor canto, ni hermosura,  
porque esta es un vano alfo,

Y ademas  
aquél una sombra oscura.

OCTAVIA.  
¿No es mas que sombra el cariño?  
—Nada mas.

Esas flores con que ufana  
tu frente se diviniza,

ya verás  
cual son ceniza mallana.

OCTAVIA.  
¿Nada mas son que ceniza?  
—Nada mas.

Y en tu contento no escaso,  
¿qué dirás que es un contento,  
qué dirás?

OCTAVIA.  
¿Nada mas que viento acaso?  
—Nada mas, niña, que viento,  
nada mas!

En la edad de las pasiones,  
á vueltas de mil enojos,

hallarás  
aire, sombras é ilusiones:  
¿nada mas, luz de mis ojos,  
nada mas!

**PROXIMIDAD DEL BIEN.**

En el tiempo en que el mundo informe estaba  
crió el Señor, cuando por dicha estrema  
el paraíso terrenal formaba,  
un fruto que del mal era el emblema,  
y otro fruto que el bien simbolizaba.

Del miserable Adán al mismo lado  
el Señor colocó del bien el fruto;  
pero Adán nunca el bien halló ofuscado,  
porque es del hombre misero atributo  
huir del bien, del mal siempre arrastrado.

El fruto que del mal el símbolo era  
puso Dios escondido, y muy lejano,  
pero Adán lo encontraba donde quiera,  
abandonando en su falaz quimera  
por el lejano mal, el bien cercano.

¡Ah! siempre el hombre en su ilusión maldita  
su misma dicha en despreciar se empoña,  
y al seguirle tenaz, tenaz la evita,  
y aunque en su mismo corazón palpita  
lejos, muy lejos, con afán la sueña....

**LAS TRES FORMAS DE LA FE.**

II.

**FE POLITICA.**

(CONCLUSION.)

Y si no son los intereses y ambiciones particulares, digásenos ¿cuál otro es en el día el objeto ostensible de la lucha política? ¿Es acaso un cambio de diastira, un cambio de leyes fundamentales; un cambio de gobierno? No; todos los partidos beligerantes acatan ó muestran acatar á una misma reina, una misma constitucion y un mismo régimen; y sin embargo se habla de trastornos, como si nos asediaran enemigos invisibles, y embarga todos los espíritus un malestar indefinible, y para muchos esta agitacion sorda es presagio de grandes males. No es todo en efecto voceria de partido ó ilusion de espíritus sombríos; el peligro y el mal existen, pero no agudo sino crónico; no nos amenaza ya el frenético delirio del fanatismo revolucionario, sino la repugnante agonía producida por la gangrena. Hay dos especies de anarquía, y no definiremos cuál sea mas terrible; la una, obra de pasiones desencadenadas, violenta como ellas; la otra, obra del egoísmo y degeneramiento social y de la extincion de toda noble creencia y sentimiento. En nuestros temores siempre tenemos vuelta la vista á la Francia de 1793, y nunca la fijamos en la Polonia de 1772; y sin embargo aquella volvió á la vida de su espantosa crisis, y esta se disolvió en el sepulcro.

Cuando los principios cesan de ser revolucionarios y la revolucion continúa, bien se ve que no está en los entendimientos sino en los corazones, y que ya no hay fe sino intereses en ella. Aplaudimos, como el que mas, el saludable cambio de ideas verificado de algunos años acá, y el descrédito en que por lo general han caído las teorías disolventes; pero al ver el poco influjo que tienen las ideas sobre los hechos, desarrollándose unas y otros en sentido opuesto; al ver que se eslabonan los desórdenes y se acumulan las ruinas al arrullo de las declamaciones de orden y conservacion, formamos una idea bien triste de la buena fe de los partidos, bastante desengañados para no creer en lo que obran, mas no bastante sinceros y despendidos para obrar como creen. Empeñan á los mas en la empedrada senda intereses mas ó menos personales, mas ó menos declarados, adquiridos ó por adquirir, bastante cortos de vista para no ver sino el peligro próximo que puede amenazarles, y no el gran peligro social que tarde ó temprano les envolverá por esta senda en la comun ruina; tiéndense otros cansados en mitad del camino con estúpida indiferencia, sin fuerzas para pasar adelante ni para volver atrás; cuales, se retiran desesperanzados y se atrin-



cheran en la vida doméstica, huyendo de la tormenta que tal vez provocaron; cuales se guardan para mejores tiempos; mas ora, sean los intereses ó el cansancio, la timidez ó el desaliento los que produzcan inacción, condescendencia y tal vez complicidad con la revolución entre los hombres mas desengañados, lo cierto es que estos sentimientos mas ó menos honrosos y justificados, indican un hecho mismo, la falta de fe, falta de fe en la revolución, y, digámoslo tambien, falta de fe en la reparación. Por esto no es cumplido nuestro gozo á vista de los numerosos desertores de las filas revolucionarias; son soldados que se retiran á sus casas y no al campo opuesto, soldados que no recluta la buena causa, sino la indiferencia y el egoísmo.

Comprendemos muy bien que á vista de la impotencia ó mala fe de los partidos, á vista de su inconsecuencia en los principios, de la violencia en sus actos, y de las faltas y excesos de todo género en que han incurrido, rebuse todo corazon recto y todo espíritu elevado partir con ellos la responsabilidad, y afiliarse bajo una bandera falsa ó errónea en su lema, ó manchada por los abusos; y no solo lo comprendemos, sino que no comprendemos lo contrario. No es lo mismo en nuestro concepto tener fe en un principio, que tenerla en un partido; pues aunque cada partido proclame su principio, lo alteran de tal modo las cuestiones personales, que lo convierten en pasion en los momentos de efervescencia, y en los de sosiego y sangre fria no es para muchos sino una asociacion de comercio, en que á pérdidas y ganancias comunes juegan su fortuna. Y así como en ningunas épocas ó lugares suele haber menos religion que aquellos en que coexisten multitud de religiones, así la convicción, así la fe política está ordinariamente en razon inversa del número de partidos que se jactan de tenerla. No en los partidos, sino sobre los partidos ha de colocarse nuestra fe; que no deja de existir la verdad, por mas que se vea controvertida y profanada, ni deja de hallarla todo el que quiera elevarse á una region superior para gozar de su luz, interceptada á los combatientes por la polvareda misma que levantan.

Para hallar empero la verdad y creer en ella, es preciso separar las cosas de las personas, los principios de los abusos que vician su esencia; pues no existiendo ninguno libre de tacha en su uso y aplicacion, y mucho menos en los actos de sus secuaces, perderiamos toda idea de bien, y nuestro corazon se cerraria no solo á toda esperanza, sino á toda creencia de mejoría posible. La historia misma, que en todos los siglos y bajo cualesquiera instituciones no nos presenta sino calamidades y delitos, seria para nosotros fuente de universal escepticismo. En todos tiempos y lugares siempre hallaréis en el hombre esa criatura degradada del Eden, ese compuesto de errores y pasiones que inficiona cuanto toca, y que conociendo su pequeñez busca asirse á una verdad ó á un sentimiento noble, para hacerlo servir de instrumento y de escudo á sus corrompidos deseos. Para ahogarlos y prevenirlos no conocemos mas que un código, y este es el Evangelio; para ordenarlos, supuesto que existen, en menor daño de la sociedad, y reprimir los que la perjudiquen, hay muchos códigos, tantos como instituciones políticas. Si consideramos, pues, á estas como una segunda revelacion, digámoslo así, como un segundo Evangelio que haga á todos y á cada uno de los hombres perfectos y felices, educarlos con el desengaño nuestra fe en ellas, por lo mismo que es exagerada. Nosotros por el contrario, creemos tanto menos en la parte variable y humana de la politica, cuanto mas creemos en la eterna y sobrenatural; gratiamos la bondad de las instituciones por su conformidad con la moralidad y religion; y profanos como

somos acerca de las teorías del poder y profundidades del derecho político, diríamos solo á nuestros regeneradores: Nada comprendemos de vuestros bellos sistemas, pero habeis tendido á aflojar la una y á debilitar la otra; por esto solo ha sido errada vuestra marcha.

En cuanto á las instituciones mismas; es tal la analogía que concede Dios á cada una con el pueblo ó con el siglo á que la ha destinado; suenan tan alto las lecciones de la experiencia, que sin duda, si pudiera abstraerse cada cual de sus intereses y pasiones, sería resuelto el problema en unánime sentido. Quitad estas y aquellos, y esas cuestiones políticas, que tan graves ó interesantes se nos presentan, se vuelven mas ridiculas y vacías á nuestros ojos, que las de los sofistas griegos ó de los escolásticos de la edad media. No es la existencia política de tanto influjo ó importancia como se afecta creer acerca de la suerte de un pueblo, ni sus abstractas teorías tienen aplicacion inmediata, ó éxito por lo menos, si se prescinde de la opinion y existencia social; y esta, no son las instituciones, sino el espíritu del siglo quien la crea. Ponga cada cual la mano sobre su pecho, y preguntese si es tanta como aparenta la convicción que de sus ideas tiene, y si suena en sus adentros la voz de su conciencia tan fuerte y decisiva como su voz exterior en medio de la gritería de los partidos; y en caso afirmativo grite enborabuena, en que toda disputa solo pediríamos á nuestros adversarios, ya que no fe verdadera, al menos buena fe, medio seguro de alcanzar la primera, y el error no nos asustaría tanto si fuera consigo mismo consecuente. La verdad nunca huye del que la busca con ánimo sincero; y si es innato en el hombre respetar al de buena fe, aunque enemigo, y así lo proclaman los mismos partidos en el calor de su choque, teórica si no prácticamente, no es porque el error sea en sí respetable, sino porque la aurora de la verdad brilla ya en aquellas personas, porque son catecúmenos de la verdad.

Reconocemos que las almas de cierto temple corren riesgo de dejarse alucinar por una mal entendida firmeza, y de maliciar la verdad conocida y el fruto del desengaño á compromisos anteriores, y mas en una época en que se mueven á todo viento las opiniones, y en que son tan frecuentes é interesadas las mudanzas. Pero la obstinacion fundada en el orgullo excluye la fe política, tanto como la veleidad dirigida por intereses. Nada hay tan perpetuo como la prevenicion en el entendimiento y el rencor y venganza en el corazon, y sin embargo ni la una es fe, ni la otra es constancia: antes bien la fe política cambia muchas veces y debe cambiar con las circunstancias, pues lo que ayer era útil, hoy á menudo sería peligroso. Sea, pues, efecto de circunstancias, sea efecto de desengaños, no deben reñir los hombres honrados y sinceros de manifestar á voz en grito su cambio de fe, aceptando en todo caso como explicacion la mas serena de su error, las explicaciones poco favorables que pudieran darse á su conducta; pero no hay que temer en este punto, que ni siempre los intereses van tan acordes con el desengaño, que este pueda creerse interesado, ni Dios, que odia tanto la traicion como la pertinacia, ha permitido que hasta en la opinion de los hombres los apóstatas se confundieran con los convertidos.

Reine, pues, la buena fe, y nos entenderemos; y la reconciliacion será sólida y verdadera, y tras la reconciliacion vendrá la única reparacion posible á todos los males, cualquiera que sea su fecha y su autor. Nuestra fe en la reparacion se funda en la de Dios, que hizo *curables á las naciones*: en cuanto á nuestra esperanza, párese al faro que en noche tenebrosa se presenta al navegante, ora como radiante hoguera que se va acercando, ora como luz imperceptible próxima á desaparecer.



## UNA BENDICION PAPAL.

Urbis et Orbis.

Entramos en la magnífica iglesia de San Pedro dos horas antes de comenzarse los oficios, y ya una multitud incalculable llenaba la mayor parte del inmenso edificio. Ya las guardias suizas, con su pintoresco traje y armas de la edad media, se hallaban colocadas en dos filas á lo largo de la nave principal, que estaba enteramente despejada para dejar libre el paso á la comitiva del Papa. Habían levantado con mandos cubiertos de ricos tapices una tribuna en el tascero para los músicos, y colocado el número de banquetas suficientes para las personas de la corte pontifical, entre la silla de San Pedro y el altar mayor. A los dos lados de este se habían construido dos anfiteatros exclusivamente para las señoras, y á los que se entraba con billete que da el *Maestro de la Cámara*, es decir, el mayordomo mayor del Papa. Sucesivamente van llegando las congregaciones de penitentes blancos, de penitentes negros, en número de trescientos aproximadamente. A las once todas las miradas se fijan sobre la capilla de la *Pietà*, inmediata á la puerta principal. Alzase la enorme cortina que cubre la puerta; ábrense sus dos hojas de bronce y penetra por ella la guardia suiza, de gran uniforme, al compás de armoniosas músicas; siguen los prelados que llevan la cruz y los candeleros, pues ni en Francia ni en Italia se usan ciriales, precediendo el cuerpo de monjes, de auditores de la Rota, de camareros y demás miembros de la corte pontificia; siguen después los canónigos de San Pedro y de San Juan de Letrán, después dos obispos griegos y un patriarca armenio, con hábitos pontificales, abriendo la marcha del cuerpo episcopal estos tres ancianos con su mitra en forma de corona, guarnecida de piedras preciosas con sus magníficos ornamentos orientales, distintos de los de la Iglesia latina, con su venerable barba blanca, y su cabellera flotando sobre la espalda, con un aire de majestad y grandeza que inspira respeto. Siguen los veintiocho arzobispos y obispos de todas naciones, con mitra dorada y capas riquísimamente bordadas.

Vienen después cuarenta y dos cardenales revestidos, según sus títulos de diáconos, sacerdotes ó obispos, de la damáscata, casulla ó capa, y todos con brillantes mitras. En fin, el soberano Pontífice, con la tiara en la cabeza y los más ricos ornamentos, entra llevado en una magnífica silla sobre unas andas cubiertas de terciopelo encarnado recamado de oro. Dos grandes abanicos cubiertos de plumas en mas varas doradas de seis pies de altura, dan sombra á su cabeza, llevados por dos prelados. Los guardias de corps rodeaban la silla del Papa. Cerraban la brillante comitiva el senador y los conservadores con sus vestidos de la edad media; rodeados de sus pages y guardias particulares. Seguía inmediatamente el cuerpo diplomático con sus brillantes uniformes, y todos los príncipes y duques romanos. Nada más brillante y majestuoso é imponente, que la entrada del venerable jefe del cristianismo en medio de esta pompa incomparable en el mas grande y bello templo del mundo.

Dobla la rodilla el soberano Pontífice delante del altar mirando á la puerta principal del templo, por estar construido el altar, según el uso de la primitiva Iglesia, vuelto al Oriente. Hace una corta oración y comienza la misa, que dura con la música de la capilla y todo solo cincuenta y cinco minutos. El decano del sacro-colegio se coloca á la derecha del Pontífice, el primer cardenal presbítero á su izquierda con casulla, y los siete cardenales diáconos con dalmáticas detrás de él. Poco después el hombre dos voces rey, cañida la frente con su triple corona, marchaba á sentarse en un espléndido trono, y desde él, alzando la vista al cielo y con los brazos levantados, entona con voz firme y clara el himno divino: *Gloria á Dios en los cielos, y paz á los hombres en la tierra!!!* . . .

La misa va á concluirse: el Papa, después de consumir en el altar el pan eucarístico, vuelve á colocarse en el trono, y el primer cardenal diácono le trae el sagrado cáliz. El Papa, puesto en pié, bebe de él, y el decano de los cardenales presbíteros acaba de consumir en el altar lo que resta en el cáliz, y termina en lugar del Papa la misa.

Terminada esta, todo el mundo sale apresuradamente del templo á situarse fuera, porque el padre común de los fieles debía ser llevado procesionalmente á la tribuna exterior, para dar desde allí la solemne bendición *Umi et omni*.

Cerca de ochenta mil espectadores ocupan la magnífica é inmensa plaza del Vaticano. Regimientos de infantería, escuadrones de caballería con banderas y estandartes desplegados, forman en batalla alrededor del obelisco de Sesostris, frente á la Basílica; las galerías de la doble é inmensa columnata se cubren de innumerables grupos de hombres, mujeres y niños; en todos los balcones, en todas las ventanas, sobre todos los techos de las casas inmediatas se ven agrupadas un enjambre de cabezas.

Aquello es ver una aglomeración, un hacinamiento de seres vivientes que produce el efecto de una verdadera Babilonia. Ni los poderosos príncipes y duques, cuyos pechos resplandecen con la rica pedrería de sus condecoraciones, ni el cuerpo diplomático, ni las hermosas damas francesas é inglesas adornadas elegantísimamente, son las figuras que llaman mas la atención en este indescribible cuadro. Son, sí, los pobres peregrinos que han acudido de las provincias inmediatas, las mujeres de todas las poblaciones de los Estados romanos, cada una con el traje pintoresco y gracioso de su país, peinadas las unas simple y sencillamente con sus ricas y pobladas trenzas negras, donde brillan flores de plata ó las doradas cabezas de los alfileres, cubiertas otras de un blanquísimo velo aplastado sobre la frente; estas con corpino de terciopelo escarlata que marcan voluptuosas formas, vestidas aquellas con anchas y flotantes ropas á manera de las antiguas estufas, sus majestuosos modelos, y todas bellas, hermosas, graciosísimas, ostentando el tipo que concedió el cielo solo á las hijas de su querida Italia; unos ojos dispuestos siempre á expresar el amor, una boca dulce y encantadora, una talla real y un modo de andar airoso y lleno de magestad que recuerda las Octavias y Cornelias.

Mil confusos rumores se levantan de ese torbellino humano, y mil sonidos armoniosos pueblan á la vez el aire: á las voces de la gente se mezcla el ruido de los coches, el redoble de los tambores, las sinfonías de las músicas y la atronadora vibración de las campanas de San Pedro.

A una señal desaparece todo este inmenso ruido, y sucede un silencio se pulcra, el silencio de la media noche en medio de un desierto.

¡Pío IX se ha presentado en el balcón de la Basílica!

El Papa, colocado en medio de la tribuna, en la silla gestoria, en que ha sido llevado en hombros de ocho prelados, está sentado en medio de un obispo que lleva en la mano una palmaria con una luz, y otro obispo que tiene des-



lanto de él abierto un libro en donde está escrita la fórmula de la bendición.

Al pronunciar estas palabras, *Urbi et Orbi*, en medio de una larga oración dividida en cuatro períodos, el santísimo anciano se levanta de su silla, y con la mano ténula designa tres cruces sobre el pueblo, después alza los brazos al firmamento, y se levanta á los puntos cardinales del cielo, y replegando sus manos después sobre el pecho, se sienta. El Papa estaba visiblemente conmovido y algunos de los que estaban á nuestro lado aseguraban que corrían lágrimas por sus mejillas. ¡Qué mucho que fuese cierto! Estar allí sobre el balcón del templo mas bello del mundo; dominar desde lo alto del aire una multitud postrada en su presencia; saber que en aquella misma hora todo el mundo católico se inclina bajo su mano; sentirse el mas augusto, el mas verdaderamente poderoso entre todos los hombres; manifestarse al pueblo en toda su gloria al sonido de las trompetas y al estruendo de los cañones, como Dios en el Sinaí en medio de relámpagos y rayos, y después volver la vista á sí mismo, y encontrarse tan débil, tan pobre y tan perecedero como los demas mortales en comparación de Dios, debe de ser una de esas emociones que afectan al corazón mas fuerte, y yo comprendo, ¡oh Pio IX, que lloráseis el día que yo recibí vuestra bendición, confundido entre ochenta mil almas que doblaron las rodillas á vuestra presencia!!!

Inmenso, profundo era el silencio de tan innumerable concurrencia; comprendían todos que alguna cosa divina pasaba en los aires, y que el espíritu del Altísimo animaba las palabras del anciano. Descendían estas sobre la atardecida muchedumbre lentas y sonoras en medio del universal silencio. Ningun ruido se elevaba en el aire donde resonaban, mas que el relincho de algun caballo y la perpetua armonía de las dos fuentes de la plaza, que se oían murmurar en la mitad del día y en medio de la multitud, como en las noches silenciosas se oyen resonar las cascadas en el desierto.

A la hora en que el cañon de Sant-Angelo anuncia la bendición papal, todos los habitantes de los contornos vecinos se prosternan para recibir esta bendición, que se dirige hácia los cuatro puntos del cielo, y sobre todos los horizontes.

El Papa se retira. Desde la misma tribuna, un cardenal arroja al pueblo billetes impresos, donde se espresa el número de años de indulgencia que su Santidad concede á todos los que han presenciado esta ceremonia, de que es difícil formarse una idea sin haberla visto.—**JOSE MUÑOZ MALDONADO.**

## CONSEJOS MORALES.

### AMOR FILIAL.

La carrera de tus acciones empieza en tu familia, porque tu primer gimnasio de virtud es el hogar paterno. ¡Qué diremos de los que pretenden amar á la patria, de los que hacen alarde de su heroísmo y faltan al alto deber de la piedad filial!

Apenas la inteligencia del niño se abre á la idea del deber, cuando ya la naturaleza le grita: "¡Ama á tus padres!"

El instinto del amor filial es tan poderoso, que no se necesita. á lo que creyendo un esfuerzo para conservarle toda la vida. Sin embargo, no hay instinto honrado que no tenga necesidad de la sancion de nuestra voluntad y que no se destruya sin ella. El amor á nuestros padres necesita ser cultivado con una firme resolucion.

El que se precia de amar á Dios, á la humanidad, á su patria, ¿cómo no ha de mostrar un respeto sin límites á aquellos por quienes es criatura de Dios, hombre, ciudadano? . . .

¡Baldon eterno al que se constituye rígido censor de algun defecto de sus padres! ¡Y por quién empezaremos á practicar la caridad, si no usamos de ella con un padre, con una madre!

Lector mio, abre con frecuencia tu alma á este pensamiento triste, pero fecundo en enseñanza de paciencia y de compasion: "Esas cabezas canas que están ahí delante de mí, ¿quién sabe si pronto no dormirán en la sepultura?" ¡Ah! mientras tienes la dicha de verlas, hónralas y búscalas consejos á aquellos males de la ancianidad, cuyo número es tan grande!

Sus muchos años los hacen ya propender demasiado á la tristeza: jamas contribuyas á entristecerlos. Haz que tus molos con ellos, tu conducta en el trato doméstico, sean siempre tan amables, que baste tu vista para reanimarlos y ponerlos contentos. Cada sonrisa que hagas asomarse á sus venerables labios, cada alegría que exites en su corazón, serán para ellos el mas saludable de los placeres.

### AMOR FRATERNAL.

... Para practicar bien con todos los hombres la ciencia divina de la caridad, es preciso hacer aprendizaje de ella en familia. ¡Qué inefable dulzura no hay en este pensamiento! "Somos hijos de una misma madre." Haber hallado, recién venidos á este mundo, los mismos objetos que venerar y amar entre todos, ¡qué dulzura no es también! Esa comunidad de sangre y la conformidad de un gran número de hábitos entre hermanos y hermanas, producen naturalmente una poderosa simpatía, que solo un espantoso egoísmo puede destruir.

Si quieres ser un buen hermano, abstente del egoísmo: proponte todos los días ser generoso en las relaciones fraternales; que todos tus hermanos, que todas tus hermanas vean que sus intereses te son tan caros como los tuyos. Si uno de ellos comete una falta, sé indulgente con el culpado, no solo como lo serias con otro, sino mas aún. Regocijate de sus virtudes, imítalas y escítalas á perseverar en ellas con tu ejemplo; haz de modo que tengan que bendecir á la Providencia de tenerte por hermano.

La intimidad del hogar doméstico nunca debe hacerte olvidar ser atento con tus hermanos; sé todavía mas delicado en tus tratos con tus hermanas. Su sexo está dotado de una gracia efesésima, don celestial de que usan habitualmente para derramar una dulce serenidad en la casa, para desterrar de ella el mal humor y moderar las reconvenciones que á veces oyen salir de boca de un padre ó de una madre. Honra en tus hermanas el suave encanto de las virtudes mugeriles; regocijate de la influencia que ejercen sobre tu alma para amansarla, y pues que la naturaleza las ha hecho mas débiles y mas sensibles que tú, está por lo mismo tanto mas atento á consolarlas en sus adicciones, á no adigirlas, á manifestarles constantemente respeto y amor. . . .



## HEROICIDAD DE LAS MUGERES.

En todas las circunstancias críticas las mugeres muestran un valor admirable. Mr. Segové en su celebre poema *El mérito de las mugeres*, recuerda la época del Terror en Francia, una de las mas desgraciadas de la humanidad, y refiere una multitud de hechos heroicos, con que las mugeres se ilustraron en estos dias difíciles, favoreciendo, defendiendo, consolando á los presuntos, á quienes les tenían los lazos de la naturaleza, del corazón ó del himeneo, y cuando no podían mas, muriendo con ellos. Nosotros no transcribiremos aquí todas las anécdotas que refiere, no porque no merezcan todas ser citadas y leídas con un interés general, sino por no ser demasiado largos. Nos contentaremos, pues, con entrosar las mas interesantes, que aunque pocas, bastarán para probar la bondad de este sexo angelical, sin cuyas virtudes el mundo sería una morada bien depravada y bien triste.

Madama Lefort, en uno de los departamentos del Occidente, temblaba por su marido, preso como conspirador. Compra, pues, el permiso de verle; vuela á la prision con vestidos dobles, le hace disfrazar y le fuerza á salir así de su encierro, y á dejarla en su lugar. La fortuna la favorece: su esposo huye, y al dia siguiente el representante del pueblo, encuentra en lugar de éste á Madama Lefort. *¿Qué has hecho, desgraciada!* le dice aquel con un tono amenazador. *Mi deber*, le responde Madama Lefort, *haz el tuyo.*

Igual estratagemá se vió en Leon, cuando esta denodada ciudad, forzada á entregarse á sus vencedores, se halló teatro de las mas bárbaras ejecuciones. Uno de sus habitantes iba á ser preso; su muger que lo sabe, corre á él, le da su dinero y sus joyas, le obliga á huir y se cubre con los vestidos del fugitivo. Los esbirros llegan, preguntan por éste, y la muger que se presenta en su lugar y vestida como él, es conducida al tribunal de sangre. El error es conocido bien pronto. Pregúntasela por su marido. *Le he hecho huir*, dice, *y me glorifico de haber expuesto mi vida por salvar la suya.* Se le representa la imagen del suplicio, si no revela el camino que ha tomado: *llevárame al patíbulo, responde, estoy pronta á marchar á él.—Mas la patria te impone el deber de esta revelación.—La patria no manda ultrajar á la naturaleza.*

Mr. Davaux, teniente general de Riom, habia sido preso en esta ciudad, para ser conducido á Paris. Era un anciano abrumado por los años y las enfermedades. Madama Davaux previó la suerte que amenazaba á su marido, y determinó sufrir con él. Se lanza, pues, en el carro que conducía á Paris los presos de los departamentos: la encierran con ellos, y perece algunos meses despues sobre el cadalso al lado de su marido y abrazada de él.

Madelmoiselle Mailly, presa en la calle de Sevres, se inmoló por su cuñada. Habia bajado al patio con los otros presos para oír la lista de los acusados. Su nombre suena: la jóven se presenta, mas hace notar que el nombre de bautismo que se cita no es suyo, y que por consecuencia no es ella á quien se llama. Preguntada por la persona designada (era su cuñada), guarda silencio. Confinánsela para que revele el parage donde ésta se oculta. *No desco la muerte*, responde; *mas la prefiero mil veces al oprobio de saltarme á espaldas de otra: estoy pronta á seguirlos.*

## LAS TRES FORMAS DE LA FE.

### III.

#### FE LITERARIA.

No hay cosa de que hagamos uso mas frecuente en los actos de la vida y en toda suerte de conocimientos, que de la fe moral, ora en el dicho de nuestros semejantes, ora en la esencia misma de las cosas que rara vez penetramos. Todo cuanto no entra directamente por los sentidos, ó no se deduce de un modo inmediato de los axiomas ó primeros principios innatos en nuestra razon, puede llamarse objeto de fe, en una acepcion mas ó menos lata, y hasta en las materias físicas, las mas sujetas á los sentidos, confesamos que la naturaleza tiene tambien sus arcanos, y arcano es la misma facultad de sentir. La fe, por tanto, es en todas materias el complemento de la razon, supliendo con sus alas lo que esta no alcanza con sus pasos, y así tiene mas necesidad de fe humana quien tiene la razon menos expedita ó cultivada, y debe creer mas el que menos sabe. Pero como no hay ciencia, aun de las mas exactas y tangibles, que no sea inapeable, forma la fe el fondo y la base de todas ellas; y las hipótesis mas ingeniosas, los mas luminosos sistemas, no son mas que dogmas internos, digámoslo así, para los cuales nos piden fe sus autores, si no queremos rodar de duda en duda y de abismo en abismo.

La misma literatura, producto de la imaginacion, facultad la mas libre de nuestro espíritu, que no solo se cierne en su vuelo sobre todo lo criado, sino que crea á menudo; que no solo domina lo existente, sino que estende su accion á todo lo posible, ni es tan libre que no encuentre un limite cual es el de la posibilidad ó verosimilitud misma, ni tan independiente y creadora que no necesite de la fe en su apoyo; antes bien la necesita á proporcion de lo que se levanta sobre la esfera de los sentidos. Tan cierto es esto, que en el lenguaje moderno se han hecho inseparables los nombres de fe y poesia, porque no hay entusiasmo sin fe, ni poesia sin entusiasmo; y así se reconocen por mas poéticos aquellos siglos y aquellos pueblos que se gobernaban por la fe mas bien que por la razon fria, y se confiesa que la poesia se evapora, cual precioso aroma, de aquel corazón del cual huyó la fe, ó llámense *ilusiones*.

Mas ¿en quien debe fijar la imaginacion esta fe que lo presta sus alas? ¿acaso en la autoridad cuando prescindie de ella por su naturaleza, tendiendo siempre á la originalidad? ¿acaso en las cosas mismas que á sabiendas inventa, adorando en cierto modo sus hechuras? No, seguramente; pero tiene fe en cierto tipo, en cierto modelo infinito, al cual bien sabe que jamás llegará, pero al



cual se esfuerza en conformar en lo posible sus creaciones; y este tipo, á falta de otra palabra, pues que atendida la variedad de la idea, pudiera apellidarse de mil modos, lo llamaremos belleza. A ella, bien ó mal entendida, tiende siempre la imaginación, como tiende el corazón al bien, como á la verdad el entendimiento.

Pero el primer constitutivo de la belleza es el orden y concierto, es decir, conveniencia de las cualidades de un objeto, de suerte que en nada repugnen la existencia. Todo lo imposible es monstruoso, todo lo bello debe ser verdadero ó posible, ya que la verdad en su sentido mas abstracto prosinde de la realidad y se confunde con la verosimilitud. He aquí soltada en nuestro concepto la contradictoria disputa de si la poesía ó creación literaria reside en la ficción ó en la verdad: ficción será respecto de lo real, pero verdad respecto de lo posible. Llamábanla ficción los antiguos, que tenían mas limitadas ideas del origen y destino del hombre, y no conocían otro mundo que el de los sentidos; pero nosotros consideramos que en la idealización de las cosas, contemplándolas no como son, sino como pudieran y tal vez debieran ser, hay mas verdad porque hay mas concierto y mas belleza, porque todo defecto es un desorden, un principio de muerte, un falseamiento de la esencia de un objeto. La imaginación no se eleva de la tierra sino porque está mal contenta en su crasa esfera y se encarga de reconstruir todo lo trastornado y degenerado; es una memoria vaga de una existencia primitiva y mas perfecta, preludio de otra mejor y mas duradera.

La belleza no es, pues, la realidad, pero sí la verdad absoluta ó relativa, existente ó posible; y como todas las facultades de nuestro espíritu prueban un objeto del cual derivan, y en el cual, digámoslo así, se sacie nuestra imaginación nunca satisfecha, no menos que nuestro corazón, no menos que nuestro entendimiento, demuestra la existencia de una belleza infinita é increada, origen y término de nuestras creaciones. Así nuestras facultades cada cual por su camino vienen á parar en un mismo punto, y prueban á su manera al Hacedor, en quien es uno mismo el nombre de bien, de verdad y de belleza suma que le da cada una de ellas; y cuanto mas se acercan estas á su fuente, mayor es la vida que gozan. Ciencia, amor y poesía, son dones que á menudo profanamos, ó ídolos ficticios á quienes damos este nombre; pero comprendidos en su verdad y pureza, solo de Dios pueden emanar y á él solo tenerlo por último objeto.

La imaginación es una facultad que como las demás puede extraviarse, siendo muy posible que lo que contempla como belleza, en sí no lo sea; pero siempre será cierto que aquella belleza la mira como verdad, que tiene fe en ella; de otro modo no se abalanzaría á abrazarla, ni la escogería por modelo de sus concepciones. En su creación hay algo semejante á la del hombre por Dios; este, no conociendo nada igual á sí mismo, hizo al rey de las criaturas á su

imagen y semejanza; la imaginación crea tambien á semejanza de lo mejor que en su esfera conoce: solo que en el primer caso la criatura como finita, debía quedar precisamente muy inferior á su Criador, y en el segundo casi siempre vale mas que el Criador la criatura.

Bajo este concepto no andaba tan descarriado cual parece á primera vista el que colocaba la poesía en la imitación, que no deja de serlo por mas que el original nos sea desconocido y difícil á veces de señalar. No hay facultad que en su desarrollo y movimiento sea mas independiente de nosotros mismos que la imaginación, ni en la cual valga tan poco el estudio y el cultivo; el entendimiento se forma, pero la imaginación nace; y si las ideas de aquel se llaman *adquisiciones*, no se halló otro nombre mas propio para las de esta, que el de *inspiraciones*, como que bajaban de lo alto.

Todo lo dicho manifiesta cuánta parte debe tener la fe sobre la imaginación, como facultad que mas distante está de la fria razon y del alcance de los sentidos. El excepcionismo no destruye menos toda belleza que toda verdad; y cuanto mas vasta es la esfera de creencia en que gira la imaginación, tanto mas bellezas y relaciones y armonía descubre, y tanto mas rica es de poesía. Nada hace al caso lo justificado ó erróneo de la fe: los pueblos bárbaros, las creencias supersticiosas encierran mas poesía que todas las sociedades cultas, que todas las observaciones filosóficas. Juzgar que se puede separar el culto de la belleza de la fe en ella, admirarla y contrahacerla, y por otra parte declararla ilusión, es la mayor de las ilusiones; y si de ejemplo necesitáramos, bastaría dar una ojeada al estado en que ha quedado la literatura en unos de nuestros desencantados poetas. Toda la hermosura de formas, sin una alma, sin una fe que las vivifique, no será mas que la hermosura de un cadáver. La poesía es un sacerdocio, no una secta filosófica: cree y no discute, vivifica y no mata.

Nada hay en la literatura que no indique esta tendencia á confundir la belleza con la verdad, y á persuadirse de un objeto antes de cantarlo. ¿Qué otra cosa es el colorido uniforme que baña comunmente las obras de escritores contemporáneos ó compatriotas, cualesquiera que sea la diversidad de su genio, sino el reflejo de las ideas ó creencias de su época y de su país? ¿Qué otra cosa es el influjo que en las concepciones literarias posee todo cuanto nos rodea en lo exterior, y que en lo interior ejerce la naturaleza de nuestros sentimientos ó la situación de ánimo que en aquel momento nos afecta? ¿Por qué, si no, se reputan mejores aquellas inspiraciones que salen de lo mas profundo del corazón, ó han pesado sobre nuestro espíritu mas largo tiempo? ¿Por qué, aun cuando queremos salir de nuestra habitual esfera, ó transigir, por decirlo así á otro cuerpo, necesitamos poseernos de la nueva situación, y colocarnos bien en aquel punto de vista, conformándonos con la virtud hipotética? Y los preceptos que determinan las formas, la propiedad de caracteres, la propiedad de líma-



genes, la propiedad de estilo, ¡qué otra cosa son sino leyes de verdad, proporcion y concierto, á que estamos obligados á sujetar nuestras creaciones?

Así, pues, como la esfera de la imaginación es vasta á proporcion de lo que se cree, la perfección y originalidad de sus obras está en razon de la intensidad con que se cree. El genio tiene fe en la belleza misma; pero siendo su fe elevada, ni puede creerla encarnada en algunas formas y circunscrita á un punto, ni se conceptúa capaz de crearla artificialmente de la nada. Las imaginaciones rústicas idolatran en algun sistema ó en algun hombre privilegiado, confundiendo con la belleza misma y abdicándose á sí propias las imaginaciones que en nada creen sino en sí, se lanzan á producir la belleza por medios artificiales, y esperan fecundizar la nada, como el que intentara crear por medio de operaciones químicas: las unas pueden llamarse supersticiosas, las otras impías en literatura, y estos extremos sobradas veces suelen andar unidos.

Los sistemas y autoridades cuando ganan excesivo crédito, lo roban á la belleza misma, y son otros tantos pesos atados á las alas de la imaginación para impedir el remonte de su vuelo; y así se aumenta el número de preceptos á medida de lo que decae la fe en la belleza, como crece el farrago de leyes con la corrupción de costumbres. Nunca como ahora se habia disputado con tanto encarnizamiento acerca de las reglas, nunca se habia dado tanta importancia á los hombres y á las escuelas, nunca se habia puesto tan en boga el furor de la imitación: todo esto produce ideas mezquinas, obras pálidas, parodias de lo mismo que se quiere imitar; todo esto rebaja la literatura al rango de manufactura, y no está lejos el día en que pueda tejerse un poema como una tela, sin que entre en ello por nada la cabeza. Los sistemas son tan fatales á la fe literaria, como los partidos á la política, como las sectas á la religiosa; pues circunscribiendo la esfera inmensa de la belleza á un círculo reducido ó personificándola en algun modelo creado, la hacemos responsable de su estrechez misma, ó de las falas de que jamás carece su supuesto tipo. Reflejada la belleza de una en otra concepcion, pierde todo el brillo é intensidad de su luz; pierden su vigor y lozanía los sentimientos trasplantados á otro corazón que aquel en que brotaron; pierden su vida las imaginaciones, porque pierden la espontaneidad de su dirección y la verdad de su esencia, siendo tantas las causas que en su desarrollo influyen, que acaso no haya dos parecidas sobre la tierra. Y no solo los sistemas vician lo presente y esterilizan el porvenir, sino que continúan hasta lo pasado, evocando, por decirlo así, á los muertos para hacerles tomar parte en sus rencillas y combates, desfigurando sus inmortales obras para hacerlas entrar en su molde, y explicando lo que la fe concibió por el frío análisis ó por gratuitas teorías.

## EL INCIENSO.

### HISTORIA NATURAL.

El incienso es una sustancia resinosa, que se quema comunmente en las iglesias para purificar el aire y honrar á la Divinidad. Su olor no se parece á ninguno otro: es aromático, penetrante y suave: inspira ó recuerda ideas religiosas.

Los botánicos han ignorado por espacio de mucho tiempo cuál es el árbol de donde emana esta preciosa resina. Lineo aseguró sin pruebas, que el que la daba era el enebro de Licia; pero Roxburg ha averiguado, de un modo positivo, que el que suministra el verdadero incienso al comercio es la *brossa-lia dentada*, árbol de la India.

Resultado de las noticias que tomó Bruce en su viaje á Abisinia, que el incienso se produce en el reino de Adél, en las costas del estrecho de Bab-el-Mandeb; de aquí se lleva á Moka, donde lo compran los árabes y los ingleses de la India, quienes lo envían luego á Europa, ya por el Egipto y la Turquía ya por el Cabo de Buena Esperanza.

El incienso es una sustancia seca, compacta y quebradiza, de un color pálido ó blancuzco, apenas semitransparente, harinosa por fuera, brillante por dentro, de un sabor medianamente acre y amargo. Al instante que se echa en la lumbre, arde; exhala un vapor oloroso, y alza una viva llama, que es difícil apagar. El verdadero incienso es raro: varias resinas perfumadas que emanan de diferentes especies de pinos, se venden bajo este nombre.

El uso de los perfumes, y sobre todo del incienso, es antiquísimo en los países del Oriente: el de los países de Sabá es el que mas estiman los judíos. Presentar el incienso era un cargo propio de los sacerdotes israelitas, quienes todos los dias por mañana y tarde entraban en el santuario á quemar perfumes. El día de la expiación solemne cogían una cucharada de incienso, y la echaban á la lumbre en el momento en que entraban en el santuario, á fin de que la nube que se exhalaba del incensario les impidiese considerar el arca con demasiada curiosidad. Dios los amenaza de muerte si desatienden esta ceremonia. Los simples levitas no pueden tocar el incensario: Coré, Datan y Abiron recibieron un terrible castigo por haber querido arrogarse este honor.

Muchas veces se habla del incienso en las santas Escrituras. La reina de Sabá envió incienso á Salomon con ricos presentes. Isaías predicó que los extranjeros irían á tributar sus homenajes á Dios en su templo, y llevarían á él oro é incienso: los Magos se lo ofrecen á Jesus niño, como una señal de respeto.



Como queda dicho al principio de este artículo, el incienso es para los fieles un perfume y un símbolo. Si solo se quisiese quemando incienso purificar las iglesias, se pondría este perfume en buseillos, sin ninguna ceremonia; pero no es así: el celebrante es el que *incienso* el altar y los dones sagrados, y el que pronuncia oraciones relativas á la acción que ejecuta. Estas oraciones atestiguan además que el incienso es no solo un homenaje tributado á Dios, mas tambien una imagen de la pureza de nuestros deseos y del buen olor que debe exhalar nuestra conducta: tal es la idea que han tenido todos los padres y todos los autores que de ellas han hablado. ¿Y cuál es el cristiano que no se ha imaginado en momentos de fervor, que sus plegarias subian al trono del Eterno con las aromáticas nubes del incienso?

Como la incensacion es una señal de honor, en varios países se incensaba antiguamente, y se incensa todavía á los reyes y á los grandes. Pero la vanidad de los hombres se mezcla desgraciadamente en todo, y esta incensacion se ha convertido muchas veces en un derecho honorífico, en una pretension feudal, y en un origen de desavenencias entre la autoridad civil y la eclesiástica; pero este abuso nada prueba contra el uso del incienso.

Los incensarios de los antiguos hebreos eran muy diferentes de los nuestros. No estaban pendientes de gruesas cadenas; eran unas especies de hornillos, ó simplemente unas bandejas de oro.

Uno de los incensarios mas grandes y magníficos que existen acaso en toda la cristiandad, es el de la catedral de Santiago, en España, del que ha dicho con propiedad un poeta moderno:

Que de nave á nave vuela.

## LA GUIRNALDA.

Dar pretendo á la mas bella,  
que menos sepa de amores,  
una guirnalda de flores,  
y mi corazón con ella.

Niñas de los ojos bellos,  
al triunfo optad las primeras,  
si al par contais hechiceras  
las gracias y los cabellos.

Venid sin vanos alifios  
con ella á ser coronadas,  
hermosas como las hadas,  
con quien soñamos de niños.

Palma del mejor modelo  
será esa guirnalda hermosa,  
que al aire ondea graciosa,  
mintiendo el iris del cielo.

Listadas de azul y gualda  
sus bellas flores nacieron;  
jamás las Gracias tejieron  
tan peregrina guirnalda.

Ved las auras amorosas  
cómo vagando la mecen!  
ved ¡que conformes parecen  
entre los lirios las rosas!

Con los azáres distinto  
junta el clave! su carmin,  
y entre jazmin y jazmin,  
salta el color del jacinto.

¡Cómo en la tierna guirnalda  
concederán con dulce agrado  
con el matiz mas nevado  
la mas subida esmeralda!

¡Y cuán gallardas las flores  
dan, con gentil movimiento,  
capullos y hojas al viento,  
frescura, esencia y colores!

Si alguna, entre tanta bella,  
aspira al don soberano,  
levante airosa la mano,  
y cifa su sien con ella.

Mas cuide no se la cifa  
sin ser de hechicera modelo,  
pues pegará, vive el cielo,  
su inadvertecia de niña.

Que nadie el don halaga efíe  
sin causa pedrá alcanzarlo,  
pues se deshace al tocarlo,  
como la dicha de un sueño.

De alguna sé que la palma  
ganar en la lid podría...  
Mas cesa, esperanza mia,  
no así me inquietes el alma.

Que no lean de empañar ahora,  
al recordar mis amores,  
otras lágrimas las flores  
que las que les dió la aurora.

Esa florida guirnalda,  
ya despejada de atrejos,

ha de hechizarme los ojos  
sobre la tez de una espalida.

Venid, venid, peregrinas,  
matando, niñas, de amores.  
Justo es que gocéis las flores  
alguna vez sin espinas.

Y no direis que inhumano  
vuestro placer no prevengo,  
cuando por vosotras tengo  
llena de heridas la mano.

¡Y á quién, al verla, no asombra  
esa guirnalda gentil,  
tan vaga, aérea y sutil,  
que, opuesta al sol, no hace sombra?

Del cielo la transparencia  
afrenta, así desplegada,  
de aire y matices formada,  
lumbre, contornos y esencia.

Cual las esperanzas mias,  
tiene su verde frescura,  
y tan fresca su verdura  
como el Abril de mis dias.

Aun no ajaron sus colores  
del ceñiro los arrollos,  
ni el huracán sus capullos,  
ni las abejas sus flores.

Y con tenue movimiento,  
jamás tocaron sus galas  
ni del ruiseñor las alas,  
ni los gemidos del viento.

Naciente, pura y hermosa,  
se ostenta con pompa suya  
tan fresca como la espuma,  
tan suave como la rosa.

Y fresca y suave y pura,  
sobre los aires flotando,  
desde hoy la dejo esperando  
la reina de la hermesura.

Por esto si alguna bella  
mecece el don soberano,  
levante airosa la mano  
y cifa su sien con ella.

CAMPOAMOR.



## HEROICIDAD DE LAS MUGERES.

[CONTINUA.]

Madama Claviere, muger de un ministro republicano, se expuso mil veces á ser arrestada por las gestiones que hizo para salvar á su marido preso. Este, desafiando comparecer ante el sangriento tribunal, donde le esperaban sus enemigos, se traspasó el corazon, pronunciando estos versos de Voltaire.

Les criminels tremblans sont traînés au supplice;  
Les mortels généreux disposent de leur sort;

Madama Claviere recibe esta nueva, ordena sus negocios, consuela á sus hijos y se quita la vida con la tranquilidad de Sócrates.

El mariscal de Mouchy es conducido á la cárcel de Luxemburgo. Apenas está dentro, su muger llega; el carcelero le advierte que el arresto no se entienda con ella. *Pues que mi marido está preso*, responde, *yo lo estoy tambien*. El mariscal es conducido al tribunal; su muger le acompaña. El acusador público le advierte que no hay contra ella decreto de comparecencia. *Pues que mi marido ha sido llamado, dice, yo lo soy tambien*. En fin, aquel reci be la sentencia de muerte: la mariscala monta con él en el carro fatal. Al llegar al patibulo, el verdugo le dice que ella no está condenada. *Pues que mi marido ha sido condenado, yo lo soy tambien*. Esta fué su única respuesta.

Si el himeneo en estos tiempos horribles hizo tanto por los desgraciados, se deja conocer que el amor mas exaltado, mas impetuoso, no le cedió en generosidad. La querida de un negociante de Tolosa dió un ejemplo memorable de ello.

La comision revolucionaria de esta ciudad habia condenado á su amante Era de noche cuando se pronunció la sentencia, y la ejecucion se suspendió para el dia siguiente. La triste amiga lo sabe, y se dispone á aprovecharse de esta dilacion para amancarle á sus verdugos. Una casa no habitada se hallaba pegada al lugar donde estaba el preso: la compra, vuela á ella acompañada de una criada segura, y practican en la pared una abertura bastante grande para dar salida á aquel. Mas los alrededores estaban llenos de guardias; cómo robarle á sus ojos? Un disfraz militar, que la prevenida amante habia llevado consigo, favorece su evacion. Vestida con uniforme de gendarme, ella misma le guia por entre los centinelas, atraviesan así la ciudad sin ser conocidos, y pasan por la plaza misma, donde se levantaba ya el instrumento que debia arebatar una vida que el amor supo conservar.

La hermana de un librero de Paris, llamado Getey, se halla presente cuando el tribunal revolucionario pronunció contra su hermano la sentencia de muerte; y gritó: *viva el rey!* en el recinto mismo del tribunal. Era su intencion perecer con él, mas no pudo lograr este triste consuelo, pues que su muerte fué ái ferida hasta el dia siguiente.

## LAS TRES FORMAS DE LA FE.

III.

FE LITERARIA.

(CONCLUSION.)

No seremos nosotros quienes neguemos ni la existencia de preceptos, ni la necesidad de la critica, ni la deuda de veneracion á genios ilustres y á profundos observadores; pero si negaremos que constituyan estas cosas un elemento extraño que limite la independencia de la imaginacion, ó que sirvan de guia á su camino. En las concepciones literarias no reconocemos mas reglas que las que sean condiciones de existencia y nazcan de las entrañas mismas del asunto; y siendo los asuntos infinitos, é infinitos los modos de tratarlos, dicho está qué fuerza podrán tener preceptos universales. La critica no es mas que el juicio formado sobre la conveniencia ó desconveniencia de aquellas cualidades, y decide acerca de la verdad relativa de la produccion, mas bien que acerca de la absoluta; así es que todo buen artificio debe colocarse bajo el punto de vista del escritor juzgado. En cuanto á la autoridad de los literatos que nos precedieron y al respeto á ellos debido, parecemos que será mas cumplido el homenaje, si atribuimos á la fuerza de imaginacion, mas bien que al apoyo de las reglas, la altura á que se elevaron, y su ejemplo sirve mejor para trazarnos la sonda, que para darnos esfuerzo y brio con que atribuímosla. No debo olvidarse que la literatura no es una ciencia en la cual se vaya ganando terreno palmo á palmo, y cuyos adelantos se eslabonen con los pasados; sino un arte cuyas producciones son por sí solas aisladas y completas, con su principio y con su término; no es un camino en el cual queden impresas las huellas de los que nos precedieron, pudiendo desensar en él á trechos para plantar grandes piedras miliarias, sino un espacio inmenso en el que se vuela, y no se anda, sin quedar en el rastro algunos del vuelo. Las ciencias son una herencia que progresivamente se aumenta y se trasmite; la literatura es un don puramente individual, que nace y muere con su dueño. Y cuenta con atender demasiado á las cuestiones de escuelas y sistemas, porque todo el tiempo



que gastamos en definir la direccion que seguimos, ó en mastrear la que otros han seguido, perdamos de vista á la belleza, objeto y termino de ella.

No se tema que nuestros principios, estableciendo una especie de fanatismo en la inspiracion y un desprecio de toda autoridad y regla, tiendan á rebajar el estudio y á destruir el arte, escudando con el pretexto de original cualquier extravío y monstruosidad. Cuanta mas fe se tiene en una idea, mas llamadas y perfectas son las formas con que se la reviste, así como adornamos de las mas ricas joyas á la efígie que mas veneramos. Sucede en esto lo que con las ideas bien concebidas, á las cuales sigue de por sí la expresion mas exacta. Los sistemas, vaciando en su molde las producciones, dispensan de mucho trabajo, y á la sombra de sus códigos y entre la confusion de la lucha pueden abrigarse muchas medianías; pero cuando uno es literato porque piensa, y no piensa en cómo ha de ser literato; cuando no pregunta á la moda dónde está la belleza, sino que la señala, la conciencia de su trabajo suele estar en proporcion de la fe que tiene en la idea y en la estabilidad de su belleza.

En otros tiempos, cuando la literatura era reina en su esfera, y daba leyes al gusto y á la opinion en vez de recibirlas, eran régias tambien sus obras en solidez y magestad. El literato recibia el sello de su siglo sin buscarlo y aun sin conocerlo, pues se imprimía sobre sus ideas y sentimientos, pero ejercia á su vez sobre el siglo con sus producciones un influjo mucho mas activo y marcado. Estudiaba mas sus obras y no tanto á sus lectores, consultaba menos á la sociedad que á su imaginacion, aspiraba á la belleza, los aplausos los dejaba al acaso, y producía tanto mas efecto cuanto menos se esforzaba en producirlo. Aquella fe viva, aquel culto desinteresado le inspiraban mejor que todos los reclamos de periódicos, que las mas brillantes proposiciones de un editor. En vez del incienso anticipado de los anuncios, respiraba por largo tiempo el polvo de sus libros; vivia años enteros de una sola idea, y todo lo que veia y sentia durante aquel periodo, lo referia á ella; investigaba la creacion entera, y todo le parecia poco para adornar aquella idea querida; sepultábase en el silencio de su estudio, como los astrólogos y alquimistas de la edad media en las entrañas de la tierra, y al cabo de prolongadas vigiliias y de misterioso trabajo volvía á la faz del mundo con su obra inmortal en la mano, clamando: "La hallé, la hallé," como Arquimedes. Ni le importaba acumular obras como el viajero que en las llanuras de la Mancha ve desde el principio de su jornada el pueblo en que ha de dormir aquella noche, desde su juventud primera veia tal vez el blanco al cual habia de dirigir los esfuerzos de toda su vida; trabajaba como las abejas, sin pensar en si gozaria el fruto de su trabajo, ni se apresuraba á publicarlo; ¿no habia producido ya? ¿No gozaba contemplando su produccion? ¿Qué mérito podia añadirle el que la vieran y aplaudieran los otros? Y además, todo no moría con él; quedaba su obra, quedaba una posteridad para admirarla, y ni aun comprendia que una vez admirada pudiera

ser olvidada por la generacion siguiente, ni que estuviera sujeta la belleza al giro de los siglos. Sin hablar de los tiempos anteriores á la invencion de la imprenta, en que la nombradía andaba perezosa y lenta al par de la pluma de los escribientes, ¿cuántas obras aun despues no salieron póstumas, cuántas no quedaron inéditas! Dícese que ahora se escribe mas abundantemente; dígase que se imprime mas, que *todo se imprime*; pues sumando lo inédito y lo impreso, no sé si caería á favor nuestro la balanza. En una palabra, los literatos antiguos aspiraban á la celebridad, los nuestros á la popularidad: medítese bien el sentido de estas dos palabras, y se hallará la diferencia que los separa.

Se ha dicho que los grandes genios no sabian lo que producian: lo sabian, sí; lo que no sabian ó no curaban era lo que dirian de ellos los demás. La fe en la belleza, al paso que les llenaba de noble orgullo emancipándoles del juicio ajeno, los restringia saludablemente reconociéndose instrumentos de un impulso, de un *númen superior*. Pero cuanto menos se creian dueños de la idea, tanto mas ponian de lo suyo el estudio del arte y la perfeccion de las formas. Once años trabajó Virgilio en su Eneida, y algunas leves incorrecciones fueron causa bastante para que legara á las llamas su inmortal poema; y Virgilio no era cristiano, no podia conocer mas humildad que la que infunde la fe en el arte. ¿Se comprende esto en medio de una literatura de fragmentos, en un tiempo en que cada novel autor se cree obligado á dar al público los primeros apuntes de su obra?

Varias son las causas de la decadencia de la literatura, decadencia que en vano procuramos ocultar con el clamoreo de los vítulos y disputas, y con los trages, mas deslumbrantes y refinados que ricos, con que la engalanamos; pero todas vienen á reducirse á una misma, á la extincion de fe, á la carencia de originalidad. Asentamos que la mejor literatura era la que mas se acercaba á la verdad, la que mas espontáneamente nacía del alma y carácter del autor: júzguese ahora de la bondad de la moderna en general por su espontaneidad. El excepcionismo por una parte, el materialismo ó positivismo por otra, han extinguido toda idea de bien, de verdad y de belleza; y el poeta, encontrando su alma vacía, pregunta á los otros: su imaginacion, en vez de vivir en sí, vive en ellos y para ellos, acecha tras cada esquina lo que dicen de su primera obra antes de escribir la segunda, explota por el último alcance el estado del gusto y de la opinion, como el comerciante la alza y baja de los fondos para dirigir sus especulaciones, abre una tienda donde despacha sus géneros á gusto de los consumidores, y una coleccion de sus obras dispuesta por fechas seria tan seguro garante de la moda de sus respectivas épocas, como una coleccion de figurines. Si quiere dar verdad á sus composiciones, tropieza con la realidad y la escoge por tema: ¿qué importa la belleza, si es un retrato y se trata solo de lo parecido? Si al contrario, busca la belleza ideal, su imaginacion, sin auxilio del corazon ni del entendimiento, seco el uno y sin luz el otro, no alcanza



á producir sino un ardor ficticio que infunde una conmocion galvánica, pero no vida á sus creaciones; y gracias si al remontarse á lo pasado como mas poético, sus ojos inficionados no alteran los objetos y le hacen calumniar lo que intentaba celebrar. Así se arrastra por lo general nuestra literatura entre mozquinas copias de lo presente y entre monstruosas adulteraciones de lo pasado, entre insulsos y efíacos cuadros de costumbres y entre ampulosas y descabelladas leyendas, entre la chochez de la corrupcion y el delirio de la fiebre, no sabiendo ser elevada sin tocar en hipocrita y declamadora, ni verdadera sin rayar en frívola y desgraciada.

Pocas pero honrosas excepciones hacemos en favor de ciertos escritores ilustres que, vindicando á este siglo de la incapacidad de producir genios, no hacen sino mas culpables á sus contemporáneos: hablábamos aqui de esa literatura de consumo que abasteca los folletines y los teatros, que anda siempre pegada á las esquinas, que se ha constituido en oficio permanente. La poesía, dejando de ser inspiracion, no es ya mas que un arte; y el genio, de *Hama divina* como se le llamaba, ha bajado á ser capital, cuyos réditos no tardarán en ser calculados tan matemáticamente como los de un banco. No hablemos ya de la gloria póstuma, en la cual hacen bien al menos en no confiar, pero ni aun esta ruidosa y de circunstancias, en nada se aprecia sino en cuanto sirve para realzar el crédito de la fábrica y dar salida á sus manufacturas. Así se prodigan los elogios y distinciones como monedas de poca ley y valor, y se echan á los rapaces y principiantes para que se las disputen. En medio de esta inestabilidad continua, de esta helada indiferencia, de esta desacorde gritería de miles y miles de voces, ¿quién sabrá guardar dentro de su corazón el entusiasmo? ¿Quién confiará bastante en su voz para dejarse oír? ¿Quién aceptará por recompensa una gloria tan envilecida, ó esperará en una fama duradera? ¿Quién sabrá resistirse á tantas sensaciones por una parte, y á tantos desengaños por otra? ¿Quién aislarse dentro de sí mismo para rendir en el silencio de su corazón, generoso culto á la desconocida belleza? No seamos rigurosos con esta generacion, y compadezcamos al jóven de genio que en ella se abrigue, que acaso le valiera mas haber nacido durante la irrupcion de los bárbaros ó en las tumbas del siglo X.

¿Qué estudio puede caber en el que trabaja á sueldo y á destajo? ¿Qué lima y perfeccion en lo que ya se sabe que no ha de servir mañana? Cada cual se apresura á producir antes que pase la moda de su artefacto, y aun así á menudo llega tarde; los frutos se cogen en agraz, por temor de que otro los robe, los principiantes siguen sus cursos y aprenden á versificar á costa del público; el público es su maestro. La misma facilidad de saber nos hace superficiales. La multitud de recursos nos embaraza; y aun los escritores mas concienzudos ceden á la tentacion ó á la necesidad de la época, improvisando y corriendo. Las obras, incompletas aún, nos son arrebatadas de las manos por una cor-

riente ineluctable, que mucho tememos no sea la del Leteo. Será aprension nuestra; pero á vista de los montones de volúmenes que este siglo ha lanzado, en muchos de los cuales reconocemos con todo muy buenas prendas y muy dulces encantos, nos sobrecoje el mismo pensamiento desconconsolador que asaltó á Jerjes á vista de su ejército de dos millones, antes de pasar á la Grecia: ¿vivirá alguno de estos de aquí á cien años?

Antes de concluir indicaremos, aunque muy de paso porque nos reservamos exponerla con mas extension, otra causa intimamente ligada con la decadencia de fe literaria, y es la decadencia de la religiosa. Hemos dicho que los siglos de fe eran tambien los de poesía, y siendo esto cierto aun respecto de las falsas creencias, ¿cuánto mas lo será respecto de la cristiana, que descubriendo al hombre la verdad, le señala el camino de la belleza? El cristianismo vino á regenerar todas las facultades humanas, y con una sola palabra descifró el enigma y calmó las ansias del corazón, del entendimiento, de la imaginacion, que se agitaban afanosos por falta de objeto en quien saciarse. Las que fueron verdades para el entendimiento, fueron bellezas para la imaginacion; y la naturaleza espiritualista y el sello sobrenatural que llevaban las ideas, contribuyeron no poco á realzar su poesía. Así se ha reconocido en este siglo, apenas serenada algun tanto la tormenta que en el pasado sufrió el cristianismo; y algunos, para quienes sus dogmas habían dejado de ser verdades, quisieron cantar sus bellezas; pero sus himnos han sido una profanacion nueva, y una fuente además de extravío y de mal gusto literario; porque de mal gusto es todo lo falso. La imaginacion es muy libre para lanzarse á esta ó aquella belleza; pero una vez escogida no puede desfigurarla; puede vivir en un orbe cualquiera, pero debe conformarse á las leyes de aquel en que vive. No es preciso que un poeta cante las bellezas religiosas por mas que sean las superiores y fuente de todas, y aun algunos abrigaron una imaginacion gentilica en una alma muy cristiana, sin que por esto faltara belleza á sus obras, pues había en ellas verdad relativa; pero entrando en la esfera de la religion, la imaginacion debe ser estricta y ortodoxamente religiosa, sin poder apartarse de la verdad so pretexto de mejorarla. No puede haber belleza donde hay contradiccion, y la hay mucha en estas monstruosas adulteraciones del dogma cristiano que vemos á cada paso en los modernos poetas; porque si no creen, están de sobra los homenajes; y si creen, son sacrilegas las restricciones.

No diremos lo mismo con respecto á la literatura ecéptica, pues en ella puede haber poesía, puede haber belleza, puede haber verdad respecto á la situacion en que el hombre se coloque. Byron, Goethe, Foscolo, ¿quién les negará el título de poetas? En aquella estrepitosa alegría y melancolía profunda, en aquella amenazadora serenidad y en aquellos martirios del corazón, en aquellos caos de abyeccion y grandeza, hay una belleza, satánica si se quiere, pero indeleble; ahora bien, colocad al hombre de espaldas á la luz, apagad la antor-



cha de la revelacion, y habrá tambien en aquel cuadro una revelacion asombrosa. Además, es tal la naturaleza del espíritu, que mientras dé señas de vida vive con el la poesía, porque aspira siempre á la belleza; y sus gemidos, sus delirios, su sed inextinguible, su continua protesta contra los sentidos, nunca dejarán de ser alto y sublime asunto. Solo una cosa puede matar el espíritu y la poesía con su traidor befeño, y es la indiferencia, ó sea el materialismo.

En estos tres artículos hemos intentado probar que la fe es vida de la razon, vida de las sociedades, vida de la imaginacion; que entendida en su recto y genuino sentido, solo de Dios puede derivar en los tres órdenes religioso, político y literario; y que si de él la extraviamos debemos colocarla en algun principio humano, sujetándola á un dominio mas degradante y menos seguro. Ignoramos si hemos logrado nuestro propósito; pero al menos se comprenderá que háyamos escogido por tema de nuestro trabajo lo que es en nuestro concepto la explicacion y la base del universo.

JOSE MARÍA CUADRADO.

## LA VENGANZA CRISTIANA.

El que posee la humildad cristiana no se afana porque sea testigo el mundo del bien que hace, y aun por decirlo así, se le oculta á sí mismo, bastándole que le sepa Dios. La persona que ha sido capaz de la accion que vamos á referir, se ha guardado muy bien por consiguiente de jactarse de ella; pero por fortuna la indiscrecion de un hombre que casi se habia comprometido á guardarla en silencio, nos permite comunicar al público un hecho tan honroso para la religion.

La señora condesa de\*\*\*, de camino para su palacio situado en Provenza, se detuvo algunos dias en Lion. Dedicada constantemente á aliviar las miserias humanas, su primer cuidado fué ir á visitar el hospital. Mientras visitaba una de las salas, llamó particularmente su atencion un anciano que mezclaba de cuando en cuando á los gritos que le arrancaba el dolor, horribles imprecaciones, y la condesa supo, por uno de los que la acompañaban, que lo que hacia que fuese tan grande la desesperacion de aquel hombre, era sobre todo la espantosa miseria á que su enfermedad debia reducir á su familia. Habiendo cesado en aquel momento la crisis del enfermo, la condesa, con ánimo de darle algun socorro, se acercó á su cabecera y le preguntó su nombre.—“Juan Michelin,” respondió el anciano. La condesa se puso pálida al oír este nombre.—“De qué tierra sois?” prosiguió con visible agitacion.—“De Santa Perina en Provenza,” dijo el enfermo. Al oír este nombre, la condesa, como heri-

da del rayo, cae desmayado en los brazos de la persona que la acompañaba, y cuando volvió en sí ya se hallaba en la estancia de una de las religiosas adonde la habian llevado. En vano le preguntaron cómo el nombre de aquel enfermo habia podido producir sobre ella una impresion tan violenta; pues á nada quiso responder, y habiendo mandado llamar á uno de los limosneros, le recomendó con mucho empeño que se ocupase de un modo especial en la salvacion de aquel hombre. Dió una suma para que se le asistiese en un cuarto separado de los demás, pidió las señas de su familia, y enfió dejando á todos entregados á la mas viva curiosidad, viéndola de aquella suerte manifestar tanto horror y tanta compasion por aquel hombre.

La familia del enfermo era numerosa, y se hallaba reducida al último grado de la miseria. No solo se ocupó la condesa de\*\*\* en atender á sus necesidades presentes, sino que tambien cuidó de asegurarle para lo sucesivo recursos que no podian menos de ser una grave carga para ella, pues no era muy rica. Tres nietecillos de Juan Michelin, huérfanos desvalidos, entraron de aprendices en un buen taller, merced á la benéfica señora, y no salieron de casa de su maestro sino cuando ya estuvieron en estado de ganarse su vida.

¿Quién era aquel desdichado cuyo nombre habia producido un efecto tan terrible sobre la condesa de\*\*\* y sin embargo habia provocado tan particularmente su generosidad?

En el momento en que el cadalso de 1793 estaba alzado sobre toda la superficie de la Francia contra todos los grandes nombres ó las grandes virtudes, la familia del marqués de\*\*\* habia logrado sustraerse á todas las pesquisas de los emisarios de Robespierre, y habia hallado un asilo seguro en la casa de uno de sus antiguos colonos, Antonio Michelin de Santa Perina; pero habiendo muerto este honrado labrador, su hijo Juan, seducido por la esperanza de llegar á ser propietario del rico depósito que el marqués de\*\*\* habia confiado á su padre, fué inmediatamente á delatar á sus huéspedes, y cuando se sustanció su causa, él fué el principal testigo acusador. El padre, la madre y los dos hijos subieron al patibulo. De toda aquella familia solo fué perdonado un solo miembro, una señorita de diez y seis años, contra la cual el ferroz Juan Michelin provocó cinco meses despues una nueva acusacion que por fortuna no ocasionó mas que una prison de pocos meses para la noble huérfana.

Juan Michelin, cargado con los ricos despojos del marqués de\*\*\*, se vió precisado á sustraerse al furor y á la execracion de sus compatriotas, que sabian todo lo que la familia de aquel malvado debia á sus víctimas. Pasó á Lion y se dedicó al comercio; pero el cielo no debia permitir que semejante hombre pudiese prosperar. Dos años despues ya no le quedaba nada del tesoro de sus bienhechores, y al fin se vió reducido á ejercer el oficio de mozo de cordel.

La condesa de\*\*\* es la hija del marqués de\*\*\*. Así la ha enseñado la religion á vengarse del verdugo de su familia y de su propio perseguidor.



## CONSEJOS MORALES.

### QUE SE DEBE HONRAR A LA MUJER.

El cinismo insultante y vil es el genio de los hombres vulgares; es un demonio que va desenterrando por todas partes calumnias contra el linaje humano, para reducirle á reírse de la virtud y á hollarla con desprecio. . . . ¡Cómo ese vergonzoso genio de la medianía, que aborrece toda cosa excelente, no había de ser el enemigo mortal de las virtudes de la mujer, y no había de pugnar por envilecerla?

En todos los siglos se ha afanado por pintarla despreciable; por no ver en ella mas que envidia, artificio, inconstancia, vanidad; por rehusarle el fuego sagrado de la amistad y de la incorruptibilidad del amor. Toda mujer de alguna virtud se consideró desde entonces como una excepcion; pero los generosos instintos de la humanidad protogieron á la mujer. El cristiano la realzó proscribiendo la poligamia y los amores deshonestos, y presentando, despues del Hombre-Dios, como la primera de las criaturas humanas, encima de todos los santos y aun de los ángeles, á una mujer.

La sociedad moderna ha sentido circular en su seno algo de aquel noble espíritu. En el seno de la barbarie, la caballería se embellejó con el puro culto del amor; y nosotros, cristianos civilizados, hijos de la caballería, no consideramos como bien nacido y bien criado al que honra al sexo de la dulzura, de las virtudes domésticas y de las gracias. . . .

Huye de los que, en la mujer, no saben honrar á su madre; arroja y pisa los libros que la degradan predicando la licencia; conservate digno por tu noble aprecio á la dignidad de la mujer; de proteger á la que te dió la vida, de proteger algun día tal vez á aquella á quien hayas dado el sagrado título de madre de tus hijos.

### VALOR.

¡Valor! ¡valor! ¡siempre valor! ¡No hay virtud sino á esta condicion! Valor para vencer tu egoismo y ser benéfico; valor para vencer tu indolencia y avanzar en todas las sendas honrosas del estudio; valor para defender á la patria y proteger á nuestros semejantes en todá ocasion; valor para resistir á los malos ejemplos y á las injustas befas; valor para soportar las enfermedades, las penas y todo linaje de angustias, sin miserables lamentos; valor para aspirar á una perfeccion que no se puede alcanzar en la tierra, pero á la que es preciso aspirar, segun las sublimes palabras del Evangelio, si no queremos perder toda nobleza de alma. . . .

Vivir con el corazón desprendido de las prosperidades despreciables, es á los ojos de muchos un precepto demasiado duro é imposible de cumplir; pero es cierto ciertísimo que si en la ocasion no se sabe ser indiferente á esas prosperidades, no se sabrá vivir ni morir dignamente. . . .

## DESTINO DE LA MUJER.

En medio de los quebrantos y pesares de que va acompañada la frágil y brevísima existencia del hombre, y como para calmar un tanto su continua agitacion y padecer, ha depositado Dios en nuestro corazón fecundos y dulcísimos gérmenes de esperanza, de suave placer y de íntimo y profundo contento: muestra alma siente, es verdad, acerbamente lo agudo del dolor, y parece mas dispuesta á experimentar las punzantes impresiones del mal, que las delicadas emociones del bien; pero no obstante lo fugaz y percedero de las segundas y la perpetuidad de las primeras, hay siempre en el hombre un fondo inagotable de consuelo y de felicidad, cuando su imaginacion vivaz y creadora se eleva hasta las sublimes ideas de lo bello y de lo infinito, y cuando su corazón, no gastado ni empedernido por la accion mortífera del tiempo, de los desengaños y de las creencias materiales, late con fuerte pero sosegado movimiento por todas aquellas nobilísimas y magnánimas pasiones que engrandecieron á la humanidad é ilustraron la historia con altos hechos y preclarísimos ejemplos. Ciertamente no es comun en nuestra vida semejante estado, ni es obra tampoco fácil conseguirle: por do quiera se ve impresa, así en el mundo físico como en el social, la terrible huella del dolor y del mal, y una lucha continua y desconsoladora existe en la naturaleza y en el hombre, que no acabará hasta la consumacion de los siglos, porque ella es la ley providencial del mundo.

Mas aunque imperfecta y desigual de stuyo, no está tan desprovista de medios y recursos la organizacion del hombre, que se halle condenada como por fatalidad irrevocable á sucumbir siempre en la incesante pelea del bien y del mal: entonces no habría ni gloria ni baldon para la humanidad, que si bien miserable y decaída hoy, es árbitra aun de concebir y ejecutar lo bello y lo grande: todavia en el tristísimo y oscuro cuadro de su historia aparecen á veces figuras majestuosas, colores brillantes y ráfagas de vivísima y esplendente luz, que recreando dulcísicamente nuestra deslumbrada vista, llevan al alma el reposo y el contento, el sentimiento de lo infinito y la veneracion de todo lo que es noble é ideal; mas arrastrado el hombre por las necesidades materiales de su existencia, ocupado su corazón por pasiones mundanales y de effmero precio, y en continua agitacion y tormento su alma, olvidada con lamentable y tristísima facilidad su destino moral, y corre desasosegado y presuroso



tras livianos placeres y borrascosas impresiones, que en su fatigada vida apenas dejan otra huella que la del tiempo deplorablemente perdido, si ya no le acibaran dolorosos y funestísimos recuerdos: solo un esfuerzo poderoso y continuo de su organizacion moral es capaz de levantar el ánimo del hombre hácia todo lo bello y lo grande, y conducirle con tranquilo paso por la senda del bien y de dulces y sólidos placeres: cuando en su alma llegan á arraigarse profundamente las convicciones que lo llevan á tan seguro y lisonjero resultado, bien puede tenerse por completamente dichoso y creer firmemente que su vida en el mundo no pasará ociosa y estérilmente para la humanidad. Mas entre los sentimientos que en mayor grado pueden contribuir á hacer tranquila y grata la existencia del hombre, á excitar su mente al culto de lo bello y de lo grande, y á mantener en su corazon las impresiones mas dulces y poéticas, descuella sin duda aquella misteriosa pasion con que las naciones modernas, iluminadas por la antorcha del cristianismo y formadas por las costumbres de los pueblos germánicos, miraron á la mujer, rindiéndola una especie de adoracion: tan poderoso fué el influjo de este sentimiento, que sin él no podian concebirse las páginas mas brillantes de la historia moderna ni los mas gloriosos hechos de la humanidad. ¡Y qué fenomeno tan singular! La civilizacion y la grandeza de los pueblos siguieron en todos los períodos históricos la condicion social de la mujer: las naciones orientales yacieron y yacen actualmente en la degradacion y en el envilecimiento, y la mujer se encuentra en estos paises envilecida y degradada: en ellos no se consideró ni se considera á la mujer sino como un instrumento de goces y placeres sensuales, como un objeto material y grosero, y el hombre vivió y vive hoy embrutecido, sin conocer las mas íntimas y dulces emociones del alma: por el contrario los pueblos modernos, excitados por sentimientos poéticos é ideales de deferencia y de cariño á la mujer, ejecutaron las proezas mas singulares y las mas bellas acciones de su historia. El influjo de las mujeres sobre la civilizacion y la grandeza de las naciones es tan eficaz y misterioso, que de la condicion social de las primeras puede deducirse con certidumbre la condicion social de las segundas: esta importancia no podria comprenderse si no se meditase que la buena organizacion del Estado pende de la buena organizacion de la familia, y que la mujer es la cabeza verdadera de esta: allí, donde la mujer es considerada de una manera poética y respetuosa por el hombre, donde las leyes, de acuerdo con el Evangelio, han santificado el matrimonio, haciendo eterna é inviolable la union de los esposos, allí hay familia y moralidad pública, allí ejerce la mujer un influjo notable sobre las costumbres y la civilizacion: mas donde las instituciones y los hábitos dieron rienda suelta á las pasiones sensuales del hombre, la mujer no es sino un objeto de placer material, y la familia y la moralidad pública son imposibles: esto explica en gran parte la diversa condicion social de los pueblos orientales y europeos. En los primeros la mujer es-

tá despreciada y envilecida, mientras en los segundos recibe por do quiera el homenaje y el respeto, preside á todas las fiestas y diversiones, y es, por decirlo así, la poesia de la vida. Puesta con tales prerogativas al frente de la familia, forma el corazon de sus hijos é imprime el sello de su carácter y su genio á cuanto la rodea dentro del recinto de su casa: así la educacion moral, aquella que es la mas importante y duradera, es dada en Europa por la mujer, mientras el hombre, á imitacion de los ciudadanos de las repúblicas antiguas, se entrega exclusivamente á los negocios públicos ó al ejercicio de su profesion.

Mas el resultado de esta condicion social de la mujer debe no solo estudiarse en su relacion con el estado, sino en relacion con la felicidad y bienestar del individuo. Bajo este punto de vista ejerce la mujer una influencia misteriosa y admirable.

Ella anima la imaginacion del jóven, despierta su númen poético, y por una especie de invisible impulso le lleva á tener una idea alta de sí mismo, y le conduce á las empresas mas gloriosas. El influjo de las mujeres sobre el corazon de los jóvenes en las naciones modernas, es mas poderoso todavía que el que ejercian segun la poesia griega aquellos dioses tutelares que guiaban los pasos de los mortales privilegiados. Así se esplican las proezas de los siglos caballerescos, y el sello altamente poético que el culto de la mujer ha impreso en la literatura de los pueblos modernos.

Cuando la mujer pasa de las ilusiones y de los sueños de la edad juvenil á la realidad de esposa y de madre, su condicion es menos brillante, pero no menos benéfica é importante: ella regulariza y da tranquilidad á la vida del hombre, calma la agitacion y pesares de su corazon, le consuela en sus infortunios y degradacion, y hace grata y dulcísima su existencia. Así desde que nace hasta que muere, el hombre ve en la mujer una especie de númen tutelar, y el ser débil y delicado en la apariencia, da al hombre la educacion física y moral, y es el sostén y el consuelo de su variada y borrascosa vida.

Esta importancia de la mujer, y la diferencia de opiniones sobre cuál debe ser su educacion y su destino, nos obligan á consagrar á este exámen algunas reflexiones.

En nuestro concepto, la cuestion puede resolverse fácilmente estudiando la organizacion de la mujer y las cualidades que en ella predominan: la mas sãna educacion es la que sigue las indicaciones de la naturaleza, es decir aquellas leyes esenciales que dió la Providencia á cada uno de los seres creados.

La organizacion física de la mujer es de suyo mas débil y delicada que la del hombre, y esta circunstancia y la singular belleza de sus formas, demuestran á las claras que no ha nacido para los trabajos corporales ni para sobrellevar las faenas del hombre: su organizacion intelectual es tambien conocidamente inferior á la de este; y si mujeres ha habido, que como madama



Stael, madama Rolland, ó Carlota Corday, ostentaron la fuerza de concepcion ó la energía de carácter propias de los hombres mas grandes, son excepciones honrosísimas que prueban la ley general: en efecto, el entendimiento y la razon de la mujer es muy débil, porque toda la vitalidad y la fuerza de su existencia está concentrada en su corazon: así la organizacion de la mujer, infinitamente inferior á la del hombre en la parte física é intelectual, es muy superior á la de este en la parte moral: la muger es todo sentimiento, todo pasion, todo imaginacion: en sus primeros años dedica toda su existencia á sus padres y hermanos; jóven ya, vive ó muere por el amor, y esposa y madre no tiene otra idea ni otro pensamiento que sus hijos y su esposo: la vanidad misma, esta pasion tan poderosa sobre su alma, es casi siempre hija de su amor, del deseo de agradar y hacerse interesante al hombre: así toda la vida de la mujer es amor y cariño, que si bien varía de objeto segun la edad, es sin embargo uno é inagotable.

Esta brevísima idea de la organizacion de la mujer resuelve la controversia sobre cuál debe ser su educacion y su destino: el Estado y el padre de familias no tienen mas que seguir las indicaciones de la naturaleza: así pues, no deben empeñarse en ejercitar sus fuerzas ni en cultivar mucho su entendimiento: este deseo mostrado por modernos sectarios de querer casi igualar al hombre la mujer, es tan ridículo y absurdo, como el antiguo sistema de educacion, que la creia solo apta para mecánicas y groseras ocupaciones, y veia peligros en que supiera leer y escribir: la mujer ha nacido para ser la compañera inseparable del hombre; y si de nada le sirven los estudios profundos ni la erudicion extensa, de que tampoco es susceptible, realzará sin embargo sus bellas dotes un entendimiento regularmente cultivado: mas en lo que debe haber un gran esmero, y lo que debe constituir la buena educacion de la mujer, es la parte moral de su organizacion: todo lo que contribuya á mantener siempre vivo y poderoso el sentimiento innato del pudor, á fortalecer su piedad y cariño naturales, á darle una idea de la santidad de sus deberes, y á excitar sus cualidades poéticas, será muy conveniente para su educacion: en la mujer, lo que la hace valer y respetar, es su corazon y su imaginacion, y cuanto se encamine á dar mayor vida á estas dos partes tan importantes de su ser, ayudará á dar mayor realce y esplendor á sus bellísimas cualidades: así la música, el dibujo, el cultivo de las bellas artes, pueden alternar provechosamente en la mujer con las ocupaciones domésticas, si en ello se tiene la prudencia necesaria, para que jamás se pierda el sentimiento del pudor y del recogimiento, no se fomente la vanidad ni se despierten peligrosas pasiones: bajo tal sistema, la mujer vivirá contenta y dichosa, extenderá el encanto y la felicidad sobre cuanto le rodea, y cumplirá su destino de hacer grata y dulce la existencia del hombre sobre la tierra.

FERMIN GONZALO MOREN.

## UN CLAUSTRO.

*Fiat pax in vultu tuo.*

### I.

A muchos mundanos se les oye hablar ligeramente de los monasterios, acusar á los claustros de ser otros tantos asilos abiertos á la holganza, á pueriles y ridículas tareas, á virtudes negativas, á inclinaciones anti-sociales. Pero ¿se ha reflexionado bastante sobre la vida conventual? ¿Se la ha estudiado? ¿Se ha comprendido?

¡Oh incrédulos de la tierra! Arrojad, arrojad con desden á los santos protectores de vuestro hogar doméstico; á las fiestas patronales de las familias, á aquellos dulces banquetes presididos por un patriarca, abiertos por la oracion, santificados por la oracion, cerrados por la oracion, ¡oh políticos de la plaza! preferid las orgias del café y las agitaciones públicas y los placeres tan perniciosos del teatro desde que el teatro se ha propuesto por objeto destruir la moral popular, devastar el corazon de la juventud: continuad desheredándoos del mas sublime patrimonio, pero permitidnos á lo menos que proclamemos vuestros errores, que los lamentemos, que gimamos con todas las almas que se han conservado puras en el contagio.

### II.

Ahora, desgraciadamente ya se acabó aquella continua intervencion de la religion en los actos de la vida privada, en el ajuar de nuestras casas; ya no hay en ellas pilas de agua bendita, Crucifijos, relicarios suspendidos á la cabeza; ya se acabaron aquellas cristianas armonías que hablaban al alma por la tarde y que respondian á nuestras secretas é íntimas armonías; ya se acabaron aquellos cánticos entonados en coro, junto al hogar; aquellos villancicos que duraban desde el primer domingo de Adviento hasta la Epifanía; ya se acabaron aquellas oraciones recitadas por el cabeza de la casa por mañana y tarde, y repetidas por los niños y los criados. . . pero yo conozco un sitio donde las costumbres católicas se han conservado tales cuales las practicó la sociedad de la edad media. Ese sitio es el claustro.

### III.

¡Ah! ¿sabéis lo que es un claustro? Hoy que el espíritu de familia está muerto ó moribundo, es la familia perfeccionada, es la imagen de aquellas



existencias colectivas de la edad media, de aquellas piadosas asociaciones que ha matado sin remisión el individualismo de nuestra época; es la imagen de una cosa santa, la familia. En los siglos en que la fe católica estaba idéntica, cada con la existencia social, el claustro podía hasta cierto punto considerarse como un producto sin motivos, como un efecto sin causa. En el siglo XIX, los monasterios son la cosa mas venerable y consoladora que puede concebirse, los mas santos asilos donde se puede vivir, pensar y morir. El árbol de la religion, atarazado por el hacha del filósofo, no brota en la calle, en los senderos de la via social actual mas que ramos canijos y miserables; débil, privado de corteza, roído de llagas y de úlceras, muerto en su superficie, tiene sin embargo flores en su tronco, flores bellas, suaves, olorosas todavía; pero necesitan otro aire que el de nuestra época para abrirse, y ese aire le hallan en el claustro.

¿Qué siglo vió almas tan desoladas como las nuestras, dolores tan inagotables, alegrías tan estériles, corazones tan desalentados, tan oprimidos, tan llenos de desengaños? Aquí, posiciones sociales trastornadas por la codicia y la ambición; allí, increíbles padecimientos, sobre todo para los que no encuentran ya nada aquí en la tierra, nada en las existencias actuales que sea conforme á sus melancolías, á sus afectos, á sus temuras, á sus tendencias hácia el infinito. No, jamás la edad media comprendería nuestras aficciones y nuestras calamidades. Aquellos hombres del siglo XIII concibo que pudiera bastarles la vida del mundo: la religion entonces era la obra comun; para las organizaciones espiritualistas de nuestro tiempo, ¿es llevadera una sociedad como nos la han hecho?

Una mansion aislada donde pobres vírgenes viven en el recogimiento y la oracion, he aquí el area de salvacion y de paz para esos corazones dolientes que siempre son numerosos en los siglos semejantes al nuestro. Así pues, yo comprendo el claustro en la edad media; en el siglo XIX le miro como una necesidad, como una consecuencia de nuestro estado social. ¿No hay en los palacios y casas grandes, estufas donde el jardinero guarda durante el invierno sus plantas mas raras? ¿No hay en nuestras bibliotecas un hueco particular, tapado con un cristal y una cortina, donde colocamos nuestros volúmenes mas preciosos? ¿No hay en nuestros muebles un rícon escogido donde escondemos nuestras mas ricas joyas? Ese santuario, siempre abierto para recibir lo mas selecto del linaje humano, es el claustro.

¡Oh! ¡cuán nuevas y límpidas, cuán cándidas y aromáticas son esas almas que no he rozado el mundo! ¡Esas almas creen profundamente en el bien, la idea del mal no las inquieta siquiera; y en frente de todo lo que no es virtud empieza su incredulidad! Yo he tenido la dicha de verlas de cerca á esas piadosas cenobitas, ángeles encarnados, seres excepcionales y privilegiados, medio divinizados, cuya existencia toda entera consiste en buenas obras, en recogimiento, en esperanzas y en meditaciones. Sí, esos seres son de una natura-

leza diferente de la nuestra; el sonido de su voz no se parece á nuestro acento, su mirada no se parece á nuestra mirada: sentados en una region mas cercana al cielo que esta en que rastreamos, casi han sacudido de sí enteramente la naturaleza material para hacerse espíritus. A no ser por esa corteza corporal de que no han podido despojarse, cualquiera los tomaria por verdaderos ángeles bajados temporalmente á la tierra para velar sobre su destino.

El claustro es la última imagen viva de la familia, de la sociedad, plenamente realizadas á los ojos de Dios.

¡Cuán amantes y dulces de condicion, cuán serenas y afectuosas son todas esas piadosas vírgenes sometidas á la inflexibilidad de la regla monástica! En el claustro, cada cual continúa la obra de Dios: la madre priora llama á las religiosas sus hijas: todas estas son hermanas; han olvidado todas las cosas del mundo, hasta su nombre propio y aquellas frias denominaciones de que el ceremonial ha recargado el vocabulario social; todas han recibido, desde el momento de su entrada en la santa casa, un nombre conocido en el cielo; todas se aman, todas son iguales entre sí, siempre hablan de sí mismas en plural para recordarse mutuamente que un ángel participa de su vida y forma la mitad de su ser.

Las religiosas no experimentan nada de lo que hace amarga y penosa la existencia en el mundo: desprendidas de los bienes de la tierra, no poseyendo nada, caminando todas de frente en la misma senda, tendiendo todos al mismo fin, abdicando toda individualidad, todo sentimiento personal, confundiendo todos sus pensamientos en un pensamiento comun, no conocen ni la ambicion que ninguna satisfaccion comprime ni satisface, ni el odio que aleja toda felicidad, ni la vanidad que causa tantos acerbos dolores, ni los remordimientos que solo las culpas cometidas engendran, ni el desaliento, hijo de la indiferencia sistemática en punto á religion. Siempre resignadas, tímidas, sumisas, obedientes, ninguna resignacion, ninguna obediencia les pesan, porque han pedido y aceptado voluntariamente sus deberes.

Id, id á buscar en la domesticidad mundana aquella abnegacion de los intereses materiales, aquel celo sin límites, aquella docilidad pasiva, que distinguen á esas buenas criaturas, llamadas en las comunidades de mujeres, toreras y mandaderas, que son las habituales mediadoras entre los seres del monasterio y los seres de la sociedad; no los hallaréis. Cosas son esas que solo la religion da, que rehusa aun al mismo sacerdote que, colocado en el mundo, contrae en él necesariamente algunos vinculos: cosas que reserva solo al claustro.

En punto á monasterios, no me gustan los términos medios. Quedaos en el mundo: en todas partes se puede uno salvar, pero si el mundo no es bastante infinito para vuestro idealismo, vuestras temuras, vuestras contemplaciones, llamad á la puerta del claustro mas austero. Allí, la familia segun los hom-